

Concurso de cuentos 2013 convocado por la Comisión Arte y Derecho de la Facultad de Derecho de la PUCP

A continuación se presentan los cuentos ganadores y finalistas del Concurso de cuentos convocado por la Comisión Arte y Derecho, de la Facultad de Derecho PUCP, en el año 2013. El concurso estuvo abierto en dos categorías: Categoría A: Estudiantes y Categoría B: Docentes y personal administrativo. El jurado estuvo integrado por Javier Neves Mujica, Carlos Garatea Grau y Enrique Felices Saavedra.

RESULTADOS

Categoría A: Estudiantes

Finalistas:

«La huida» de César Pool Villegas Calderón (*Andrea*)

«Los inciensos» de Edison Vásquez Fernández (*El Oxímoron*)

Ganador:

«El golpe» de Bruno Delgado Taboada (*Adriano*)

Categoría B: Docentes y Personal Administrativo

Ganador:

«Acarí» de Jorge Armando Díaz Montalvo (*Corynorhinus*)

La huida

CÉSAR POOL VILLEGAS CALDERÓN¹

Nunca le había prestado tanta atención al fondo de un vaso de chicha. Tomaba lentamente y veía cómo el líquido pasaba por mis labios y corría lentamente por mi garganta. Éramos yo y el fondo de un vaso. María Fernanda estaba sentada a mi costado, llorando. Lo hacía siempre, cada vez que nos peleábamos. Lloraba como una Magdalena, desconsolada, sin ningún reparo ante los ojos curiosos y fisgones de los otros comensales. Y yo, ahí, exactamente a su lado, mirando el fondo del vaso. ¿Acaso esa gente se atrevería a juzgarme? ¿A criticarme por no consolar a la bella mujer que estaba a mi lado? Estúpidos, todos son unos estúpidos que juzgan a la gente sin saber los verdaderos motivos que impulsan o inhiben un determinado acto. Yo seguía allí, queriendo que el vaso de chicha fuera interminable. Para mí, en ese momento todo lo demás carecía de relevancia.

Mientras tanto, oía los balbuceos causados por sus lloriqueos y deseaba pararme de la mesa como si nada estuviera sucediendo, pagar la cuenta e irme sin mirar atrás; salir del restaurante tranquilo y no tener ningún reparo por dejarla atrás. De repente era aquello. Te había amado tanto que jamás había pensado en mí. Lo único que quería era devolverte la triste despedida que me habías ofrecido en su momento.

Fui tuyo María Fernanda, fui completamente tuyo y pese a ello tomaste la decisión de partir y dejarme atrás. Nunca tuviste idea de cuántas noches pasé despierto debido a tu ausencia, a tu huida sin ninguna explicación, llorando sin parar por incontables horas. *Es imposible que alguien llore tanto* dijiste, *es físicamente imposible*. Pues tu ausencia lo hizo posible, María. Por mi cabeza pasaron miles de preguntas sobre aquella huida, sobre ti (sobre nosotros), pero cada vez las explicaciones se iban haciendo excusas para no darme cuenta de las cosas. Las respuestas se fueron transformando en palabrerías que me repetía hasta el hartazgo como un remedio para el insomnio. Las botellas de vino, interminables, avivaban cada pregunta y cada respuesta. Ni bien encontraba una explicación para la noche, me dormía repitiendo la misma frase.

¹ Finalista de la Categoría A: Estudiantes.

Mis amigos se aburrían de nuestras historias y poco a poco fui dejando de verlos. *Fuiste como mi padre, que huyó de mi madre y de mí.* Es increíble cómo las personas que más amamos son las que se van sin darte ninguna explicación, con valijas a medio alistar, sin ningún remordimiento. Ahora me pides que te perdone. Pero no, María, hoy te irás a tu casa caminando. Hoy no hay César bueno. Hoy cogeré el poco valor que me dejaste y te diré que no te perdono, que nunca lo haré. No importa que llore, que me arrepienta después. Yo sigo aquí, perplejo, mirando el fondo de un vaso de chicha; irresoluto, cansado, hundido en esta silla, mientras me veo reflejado al verte llorar. La garganta me pide que te diga algo, que sí te perdono, que olvidemos todo y empecemos otra vez, abrazarte y decirte que ya va a pasar, que todo va a salir bien. Es entonces que mi mente se encarga de boicotear el plan de mi huida con tus recuerdos.

Me doy cuenta de que no soy tan fuerte como tú cuando me dejaste solo, cuando empezaste a cambiar nuestras conversaciones en la cama después de hacer el amor por silencios intragables, insondables. Al dejarme llorando en el aeropuerto, moviendo los labios y yo no queriendo entender. *Lo siento César, no puedo seguir haciendo esto.* Te miro y veo a mi padre. Ambos son unos cobardes. Cobardes que me abandonaron cuando más los necesitaba, cuando ya eran parte de mi ser. Que no les costó nada olvidarse de mí, que no respondían sus celulares, que seguían con sus vidas, mientras yo seguía allí, amándolos, esperándolos. Pero ya no había tiempo, porque mi madre y yo nos sumimos en la depresión y, más que depresión, empezó a correr odio por mis venas, odio hacia ustedes. Dejé la universidad poco antes de acabarla, María. Busqué un trabajo en donde no tenían reparo en hacerme quedar hasta medianoche todos los días, cuando debía salir a las seis. Y al llegar a casa encontrar a la noctámbula de mi madre, en su oscuro cuarto donde lo único que brillaba era la pantalla del televisor, vistiendo su pijama por ya varios días.

Lloraba caminando al trabajo, lloraba de regreso a mi casa y lloraba en las noches, *lloraba porque tenía dos ausentes viajeros y una ausente en mi casa.* Estaba solo, solo manteniendo una casa que me dio tantas alegrías, en la que crecí, en la que hicimos el amor cientos de veces. Una casa que amábamos tanto que buscaríamos una similar para vivir juntos. Mis llantos y los de mi madre hacían que toda la casa llorase con nosotros, con empatía por nuestras pérdidas. Las lágrimas iban perdiendo su sentido con el pasar de los tiempos; mis almohadas, mojadas por ellas, iban siendo la escena del crimen, de mis dos asesinos, los cuales están prófugos, pero yo ya no busco justicia. Busco paz. Busco tranquilidad. Al darme cuenta de que ni uno de ustedes regresaría, de que ambos en realidad nunca me amaron, de que mi padre nunca amó a mi madre ni tampoco a mí, al despertar de mi letargo, decidí nunca más llorar, ni una puta lágrima

por asesinos que matan a sangre fría y gozan de no tener remordimiento alguno por sus víctimas. Porque cuanto más pasaba el tiempo, más creía que me hacía fuerte y los olvidaba y empezaba a recuperar a mi madre; y juntos a hacer que nuestras vidas se encaminen de nuevo, volver a hacer de mi casa un hogar.

Ahora tú a mi lado, con incesantes lágrimas. Ahora que tengo la oportunidad de verte llorar tanto como yo lo hacía, ahora ya no busco venganza y ya no puedo seguir viendo brotar lágrimas de esos ojos, esos ojos tan redondos, tan bellos que fueron testigos de nuestros encuentros amorosos en la cama y fuera de ella. Mi mano, casi como un atrevimiento del amor que aún te tengo, se posa sobre la tuya. Al instante, tu cuerpo es vencido y tu cabeza se acuesta sobre mi hombro, como símbolo de derrota absoluta. *Deja de llorar, que todo está bien ahora María. No te culpo por preferirte a ti misma antes que a mí, antes que a nosotros. No te culpo por nada. Deja la tristeza atrás, que te perdono, te perdono amor mío (es el regalo por todo lo que me diste, por hacerme sentir amor por primera vez). Te perdono María Fernanda.*

Saco mi billetera, ella piensa que voy a pagar la cuenta. Dejo en la mesa una foto, venida a menos por el largo tiempo que ha pasado en mi billetera conviviendo con los pocos billetes que allí habitaban. Era la foto de nuestro primer aniversario, tomada en el mismo restaurante, ambos sonriendo bobamente y embriagados de amor. Ambos jurándonos amor eterno. Miro la foto por última vez. Qué ironía, parece ser la misma mesa en donde ahora estamos. Lentamente ella coge la foto con una cara de asombro que nunca antes había atestiguado. Sus lágrimas parecían haberse congelado en su rostro. Cuatro años después sigo guardando la misma foto. Ella la mira detenidamente como tratando de encontrar el error en la foto, en la situación, en el momento. Acto seguido, le da la vuelta. Con lapicero azul, en la parte superior, tenía la fecha en que la foto fue tomada y, tras un espacio, una pregunta: *¿Juntos por siempre?* Al costado, la respuesta con tu linda caligrafía: *Juntos por toda la vida, mi amor.* En la parte inferior, sin fecha alguna, pero escrita recientemente, con lapicero negro decía: *HOY TE EXTRAÑO MÁS QUE NUNCA MARÍA FERNANDA, CUANDO LA IDEA ERA OLVIDARTE.*

Los inciensos

EDISON VÁSQUEZ FERNÁNDEZ¹

A Marinacha, por los pasos compartidos y el hallazgo de vida.

Hace varios años, Mariana me visitó cuando yo aún vivía en Cajamarca. Recuerdo que ella me telefoneó un martes en la tarde y me dijo, con voz suavcita, que en dos horas llegaría al terminal terrestre. Este aviso me tomó por sorpresa; luego de nuestra tormentosa despedida jamás pensé que vendría a buscarme. Le dije que la iría a recoger al terminal e inmediatamente después de colgar el teléfono, con la mirada fija en un punto cualquiera del rincón más intrascendente de mi cuarto, reconstruí en breves segundos todo mi pasado con ella. Bruscamente desperté del trance en el que me encontraba cuando, dentro del proceso de reconstrucción, llegué al momento en que descubrí que Mariana era una maniática del orden y que su sentido del olfato, digno del más ducho perro buscador de drogas, enloquecía al detectar el más mínimo olor que pudiera resultarle desagradable. Estoy seguro de que para el ser humano promedio muchos de esos olores que ella no podía soportar pasarían desapercibidos, pero ya no había tiempo para pensar en eso; el súper desarrollado olfato de Mariana estaría en la puerta de mi departamento en poco más de una hora y tenía que hacer algo para disimular toda la gama de olores que se desprendían de cuarenta metros cuadrados de vida solitaria. Todavía pensando cómo resolver esto, me acerqué a la ventana y vi la tienda que estaba en la esquina de la calle Puga de Losada. Era la tienda de un extraño sujeto de marcados rasgos árabes y cuyo castellano aún estaba imbuido del espíritu de su lengua materna. Recordé entonces que él vendía una interesante variedad de inciensos y creí que quemar algunos palitos en mi departamento, con todas las ventanas cerradas, sería suficiente para saturar el olfato de mi visitante con místicas fragancias.

Podría decir que, dejando de lado los mareos iniciales provocados por la humareda y la extraña mezcla de olores, mi plan resultó exitoso. No recibí ninguna crítica relacionada con mi desorden o con algún raro olor. Contrariamente a lo que esperaba, Mariana se mostró comprensible,

¹ Finalista de la Categoría A: Estudiantes.

humilde y hasta sumisa conmigo. Pasamos casi todo aquel martes comiendo canchita y conversando. Recién al final del día comprendí el porqué de esa dócil actitud. Ya había encendido un par de velas, pues no había luz en mi departamento por esos días, cuando el semblante de Mariana pareció marchitarse. Me contó el verdadero motivo de su visita, que una serie de aciagos acontecimientos terminaron por hundirla económicamente, que se sentía perdida, sin fuerzas para avanzar, y que necesitaba que la hospede por unos días para darse el tiempo de pensar en cómo recomponer su vida, lejos de todo lo que le recordaba su fracaso. Y así fue que Mariana se quedó poco menos de tres semanas en mi casa. En ese tiempo frecuentamos la tienda del árabe para adquirir más inciensos; al inicio mi intención era seguir aturdiendo el olfato de Mariana, pero después nos acostumbramos a sentir esos aromas en la casa y ya los compraba por puro placer. En esos días aprendí mucho sobre inciensos; aunque para mí seguían siendo un instrumento para disimular malos olores, a Mariana estos palitos no solo le ayudaron a reencontrarse con su lado más espiritual, ese que encontró en sus clases de yoga cuando sobre su humanidad solo pesaban diecisiete años, sino que vio en ellos la posibilidad de un pequeño negocio que la ayudaría a estabilizar su precaria situación económica y retomar su proyecto de convertirse en fotógrafa profesional. El árabe notó el entusiasmo con el que Mariana, cada mañana, entraba a su tienda y, cuando no había clientes, los dos se envolvían en animadas conversaciones en las que ella dejaba ver su interés no solo como consumidora, sino que cada vez sus preguntas e inquietudes se inclinaban por el lado más operativo y técnico del negocio.

No pasaron muchos días cuando, a fuerza de diarias conversaciones, el árabe le comentó a Mariana que estaba abriendo una tienda en Lima y que necesitaría a alguien allá que le pudiera ayudar con eso. Ella entendió el ofrecimiento y aceptó de inmediato. Cuando llegué al departamento en la noche, ella me esperaba con una sonrisa que resaltaba graciosamente sus pómulos. Me dijo que después de algunos días en los que el árabe le explicaría el funcionamiento del negocio y las tareas que debía realizar en Lima, tomaría el bus rumbo a la capital. Cómo sonreía aquella noche. El entusiasmo la invadía; la esperanza regresaba. Finalmente se despidió de mí. Me agradeció por los días de alojamiento y me dijo que vaya a Lima a visitarla. Añadió que siempre supo que usaba los inciensos para disimular otros olores, pero que, luego de un par de días en mi casa, ya ni eso funcionaba.

Mariana alquiló una pequeña habitación en Surquillo, cerca de la nueva tienda del árabe. Mientras esperaba que los albañiles concluyeran sus trabajos en el nuevo local y que la Municipalidad emita los permisos correspondientes, Mariana creyó conveniente llevar algunas mercaderías a su habitación e ir ofreciéndolas a sus vecinos y amigos desde ahí.

Satisfecha, observaba cómo crecía la demanda por sus inciensos y, entre los niños, cada vez se hacía más popular un exótico dulce turco hecho a base de maní y miel. Renato, un robusto niño de mirada vidriosa y de unos ocho años, devoraba con fruición estos dulces. Cada tarde, saliendo del colegio, Renato iba hasta el departamento de Mariana para ver qué nuevos tesoros alcanzaría a observar y para comprar dos dulces turcos, uno para él y otro para Banny, una sagaz mozuela de cabellos siempre amarrados a estilo cola de caballo. Banny y Renato estaban en el mismo salón, y él había forjado sus primeras ilusiones de amor en torno a ella. Con el corazón endulzado a punta de caramelos, chupetines y chocolates, Renato pretendía encandilar a la pizpireta niña con el nuevo manjar turco que había encontrado, pero contrariamente a lo que esperaba, ella no mostraba mayor interés por el succulento dulce. Inquieto por esto, Renato se consolaba engullendo frenéticamente los dulces turcos. Una tarde, en una de sus habituales visitas a la habitación de Mariana para comprar lo de costumbre, el niño quedó anonadado al ver un par de pequeños aretes dorados que simulaban la forma de un ave en pleno vuelo. Los creyó perfectos para Banny, pero como no contaba con el dinero para comprarlos, decidió simplemente tomarlos. Para este fin, mediante engaños, logró que José, un niñito párvulo vecino suyo, lo ayudara. Una mañana, los dos faltaron al colegio y, aprovechando la ausencia de Mariana, se las ingenieron para entrar a su habitación trepando por la parte de atrás de la casa, que daba al jirón Velarde y, desliziéndose por un viejo tragaluz, aterrizaron sobre las numerosas cajas de incienso que estaban convenientemente apiladas. Aún temerosos y con el corazón palpitante, rebuscaron en todo el lugar hasta dar con los aretes dorados que, junto con otras alhajas, reposaban dentro de una especie de cofrecito metálico. Tras cerrar el cofrecito y con el botín ya en el bolsillo, al pequeño José le sobrevino un invencible sentimiento de culpa; se angustiaba pensando que alguien los había visto, que alguien los descubriría, que habían dejado huellas por todos lados. Renato empezaba a ponerse nervioso también, cuando recordó lo que había visto en una película. Recordó una escena en la que un sujeto borraba las huellas digitales de una pistola colocándola breves segundos sobre el fuego. Corrieron a buscar fósforos y mientras los encendían, con las manos temblorosas, pensaban que cada chispa los acercaba al plan perfecto. Esa mañana, Mariana no estaba en su habitación pues, devolviéndole la sorpresa que me dio hace algunos meses atrás, fui a visitarla a Lima y le dije que me fuera a esperar en el paradero de mi bus, en Luna Pizarro. Tomamos un buen desayuno para celebrar el reencuentro. Ya en el taxi, dirigiéndonos hacia su habitación, me iba contado, otra vez con los pómulos resaltados por su sonrisa, de los planes con la nueva tienda. Bajamos, sin embargo, en un mercado, para hacer algunas compras para el almuerzo y de ahí nos fuimos caminando rumbo a su habitación. Mientras conversábamos y reíamos, el agudo olfato de

Mariana distinguió en el ambiente el olor a los inciensos del árabe y, con un ligero mohín que dejaba notar cierta satisfacción, me dijo que cada día las ventas de los inciensos aumentaban.

Cuando doblamos en la esquina que daba al jirón Velarde, una estampida de personas corrió hacia nosotros. Unas señoras sudando, gritando y con los ojos desorbitados señalaban hacia la habitación de Mariana. Pero ella ya no oía los gritos de la multitud. Sus manos dejaron caer las bolsas con las compras para el almuerzo. Su mirada estaba clavada en su habitación viendo cómo el fuego la consumía. Su olfato aún podía distinguir el místico aroma de los inciensos, pero este ya se mezclaba con el olor a plástico y papel quemados. Entonces, sentándose en el piso, comprendió que ese era el olor a derrota.

El golpe

BRUNO DELGADO TABOADA¹

— ¡Perros traidores! ¡De aquí solo me sacan muerto, carajo!

Su valentía y su carácter eran legendarios. No se dejaba ningunear ni reducir por los gritos, las burlas. Los golpes. Los balazos al aire.

Sus captores estaban desesperados, su formación castrense los hacía ser fríos y sanguinarios, pero les había tocado quebrar un espíritu enérgico, algo para lo cual nadie podía estar preparado. El coronel replicó:

— Señor presidente, firme los papeles. Esto se acabó.

— No voy a firmar nada, ¿iqué se han creído!?

El coronel Salazar estaba convencido de que un civil no podía seguir gobernando la República del Perú. Los civiles eran débiles, no tenían una visión estratégica, geopolítica. Además, sus partidos políticos eran tradicionales e ineficientes, perdían mucho tiempo confrontándose unos con otros en lugar de pensar en los intereses de la Nación. Su democracia no se comía, no era más que una ficción de oligarcas, y el pueblo quería pan.

Este era su momento. El último peldaño de la carrera del militar era ser presidente de la República, y estaba tan solo a una firma. A una firma de conseguirlo.

— Si no firma su renuncia, el alférez Morales se verá obligado a agujerearle la cabeza. Y no queremos eso, ¿verdad?

— No voy a firmar ese papel. Su contenido no se ajusta a la verdad, por enésima vez se lo repito. ¡No estamos veintiocho de julio! ¡Estamos veintisiete, veintisiete! ¡Animal!

El alférez Morales estaba muy tenso, transpiraba. Le sudaban las manos. Nunca en su vida había estado tan nervioso. Era la primera vez que veía a un hombre tan importante desde tan cerca. Y también la primera vez que le apuntaba a un hombre a la cabeza con un fusil cargado. Y no a cualquier hombre importante, sino al mismísimo presidente, Augusto Leguía.

¹ Ganador de la Categoría A: Estudiantes.

Su mente estaba sumamente cargada, más con miedos que con dilemas éticos. Era un plan mediocre, pensaba, algo podía salir mal. Eran un puñado de veinte hombres, los guardias de palacio estaban comprados, justo el día en el que la mayor cantidad de efectivos practicaban para el desfile de 28 de julio. Debían entrar a palacio y asegurar la toma del edificio. Entrar al despacho presidencial, reducir al Jefe de Estado y hacerlo firmar el acta. Definitivamente mucho más complicado de lo que parece cuando te reclutan. Por eso el resto de su promoción no aceptó la oferta.

— ¡Firma carajo! ¡De una vez! ¡Firma!

Salazar comenzaba a perder los papeles. Abofeteaba al mandatario una y otra vez, con la esperanza de doblegarlo. Era insólito. El hombre más poderoso del país siendo golpeado y humillado por aquellos que estaban encomendados a defenderlo.

Los hombres no entendían qué era lo que Salazar estaba esperando para dar la orden. Si el presidente se rehusaba a firmar, ¿por qué no matarlo?

Salazar no quería a Leguía muerto. No estaba en sus planes. Le quitaría legitimidad a su golpe. Necesitaba su renuncia firmada junto con un acta de su proclamación como presidente. Ese mismo día se distribuiría a todos los medios de prensa local una copia a mano de los documentos. El 28 de julio los diarios proclamarían a un nuevo presidente. El 28 de julio las Fuerzas Armadas en desfile saludarían nuevamente a un mandatario uniformado.

El silencio se interrumpió, se escuchaban pasos, gritos a lo lejos. Había más movimiento del que debía haber dentro del edificio. La sala se conmocionó. Algo estaba pasando.

— Morales. Anda a la puerta principal a ver si todo está en orden y vuelve de inmediato.

Salazar se quedó con seis hombres más en el despacho. Seguían tratando de forzar al presidente a firmar.

Morales salió del despacho y cerró la puerta. Avanzó por el pasillo, se detuvo. Vio como una decena de hombres subía cautelosamente por las escaleras. Estaba desesperado, no sabía qué hacer, pero logró reconocer al alférez Ricardo Meléndez, un compañero de su promoción, encabezando la columna. Se calmó, pudo divisar a otros oficiales conocidos en la columna. Ambos se reconocieron, se acercaron uno al otro con la guardia baja, lo cual tranquilizó a los demás. Morales le dijo en voz baja:

— Ricardo, ¿i qué estás haciendo?! ¡Nos vas a joder a todos!

— El que está jodido eres tú si no nos apoyas. Vamos a sacar al presidente vivo de ahí.

Morales pronto entendió que no tenía otra posibilidad, tenía que apoyar a Meléndez y a sus compañeros. Tuvo que decidir rápido.

— ¿Qué hago?

— Guíanos a donde tienen al presidente. ¿Dónde está?

— En su despacho, una sala mediana, amoblada, con una puerta robusta y pesada.

— Muy bien, escúchame con atención. Vas a entrar al despacho. Vas a dejar la puerta entreabierta. Repito, no la cierres. Te vas a arrimar al lado izquierdo de la habitación. Y vas a esperar. Actúa normalmente.

— Pero, ¿qué van a hacer? ¿En qué momento? ¿Cómo?

— ¡Arranca! ¡Anda! ¡De una vez!

Morales sabía que en algún momento iban a intentar entrar. Temía por lo que se venía. ¿Qué le diría a Salazar? ¿Que no encontró nada? Pensaba en todo esto antes de abrir la puerta del despacho. Finalmente, atinó a dejarse llevar por su instinto. Entró al despacho, dejó la puerta entreabierta tal y como le habían indicado. Se presentó ante Salazar, quien estaba a la expectativa. El coronel refunfuñó.

— ¿Qué pasó? ¿Por qué tardaste tanto?

— Estaba revisando el edificio, coronel. Los hombres no están.

— ¿iCómo que no están!?

— No lo sé señor. No están.

Morales sentía que le iba a dar un infarto. Habría sido mejor decir cualquier cosa menos esa. Salazar ahora estaba furioso y preocupado, sería mucho más cauteloso de lo que su amigo Meléndez estaba esperando.

— ¡Hombres! Vamos a inspeccionar el edificio. Tú, Morales, apúntale al miserable a la cabeza. Lo vigilarás hasta que volvamos.

Morales, en este momento, no estaba muy seguro de lo que estaba pasando. De lo único de lo que estaba seguro era de que tenía que mantener el fusil fijo, apuntando a la cabeza de Leguía, mientras Salazar y sus hombres salían del despacho y todo estaría bien.

Ni bien Salazar y compañía salieron del despacho, disparos comenzaron a sonar. Salazar cayó herido y sus hombres rápidamente arrojaron las armas y fueron reducidos.

Meléndez entró en el despacho acompañado por sus compañeros. Al verlo entrar, Morales bajó su arma y fue a su encuentro. Meléndez se presentó.

— Excelentísimo presidente Leguía, soy el alférez Meléndez. Es un honor conocerlo y un alivio encontrarlo con vida.

— Un gusto conocerlo Meléndez. Agradezco su noble y valiente acción.

— Solo cumplíamos con nuestro deber. Yo y mis compañeros nos organizamos cuando nos enteramos del atentado que se iba a realizar.

Leguía se recompuso. El mandatario observó a los jóvenes uno a uno y fijamente a Meléndez.

— Felicitaciones por su trabajo, teniente.

— Perdón señor. Seguramente quiso decir capitán.

Leguía sonrió. Así siempre ha sido y siempre será la política en el Perú, pensó.

— Felicitaciones por su trabajo, capitán.

Acarí

JORGE ARMANDO DÍAZ MONTALVO¹*A mi hija, Angélica, mi final feliz.*

Doña Teresita no deja que su hija pasee entre los olivos por la noche; el tamaño del vientre de la muchacha y el rubor de sus mejillas avisan que la *wawa* está próxima.

«Ay mijita, ni te vayas entre los olivos que por ahí los demonios te perderán y no ha de volver mi hija; y, aun si regresaras, tal vez no con el lucerito de tu vientre».

Cuántos niños se han perdido como si fueran semillas que la tierra esconde, solo zapatitos cerca del río y de ahí nada más; nadie por la noche se asoma a los campos, allí celebran los demonios que se han hecho de esta tierra. Getsemaní y Acarí han de ser lo mismo; nuestro dios de espaldas, y las dudas, y la divinidad tiritando de miedo y de frío.

Le hemos pagado a la tierra con nuestra humildad, los últimos animales han dejado su sangre sobre ella para que se cierren las puertas del infierno; ya no hay más que ofrecer y seguimos con este martirio. Hemos paseado también a nuestra Mamita de los Olivos, pero ya nadie se atreve a encender el incienso ni a llevarla en procesión por la noche.

*

Tocaban las tres de la mañana y los susurros callaban, las ovejas preferían aplastar a sus crías antes de ser descubiertas, en sus corrales, por las llamas.

*

||

Han llegado los brujos con sus sapos, velas negras y clavos. Y nos han engañado diciendo que este año podremos sembrar y tener ganado. ¡Pero estos son peor que demonios! Dejaron nuestras casas sin aceite,

¹ Ganador de la Categoría B: Docentes y Personal Administrativo.

pan y queso y el vino también se lo han llevado; con la falsa promesa de librarnos de nuestro mal. Ni nuestra mamita de su avaricia se ha salvado; se largaron dejándola sin corona.

*

Se abren dos caminos a la medianoche, uno a casa y otro al banquete que se darán conmigo si es que los miro a los ojos antes del alba.

*

III

Ay, peregrinos —y solo eso, hombres— humildes como nosotros, vinieron a curarnos; el olivo más grande del valle tumbaron y de él una figura humana hicieron. Luego todo el olivar quemaron y el pueblo se ha visto rodeado de una duna de cenizas. Y así han partido llevándose la figura por el gran camino; esa gran serpiente gris, brillante ante los rayos del sol.

*

La serpiente anida sus cabezas en pequeñas aldeas y grandes ciudades, invadiendo de demonios la tierra.

*

IV

Los peregrinos se turnan una y otra vez a lo largo del camino, se turnan Cristóbal, Sebastián, Jerónimo y los demás. Uno va con la figura sobre los hombros y a gran distancia el grupo detrás; hasta que ven al primero caer exhausto, pero no lo suficiente como para que el madero toque la tierra y se rinda ante la serpiente.

*

El desierto, la sal del sudor, el aniego del cansancio y el cardo haciéndose dolor.

La carne y la orfandad doblegan a quien lleva el madero.

Los doblega la serpiente al transitar por su cuerpo.

*

v

Tu lucerito mijita, tu *wawita* abre los ojos y despierta sin siquiera recordar las heridas que hace mucho tiempo ya sanaron en nuestra tierra. Acarí, mi niño es ahora solo tierra de alfajores suaves y dulces con besos de canela. Ha vuelto a ser la tierra sana de noches de luna que enamoraron a tu madre para perderse junto al hombre de quien tienes los ojos. Aquellos ojos que ardieron la noche en que tu padre se extravió del camino a casa y no pudo alzarse vivo antes del alba.

281

CONCURSO DE
CUENTOS 2013